Trilogía Canciones para Paula -1-







## Blue Jeans

Canciones para Paula



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Extracto de la letra de la canción Scusa se ti chiamo amore de página 316:

Autor: Massimo Di Cataldo

© Massimo Di Cataldo/Dicamusica

Primera edición © Editorial Everest, S. A., 2009

© Francisco de Paula Fernández, 2009

www.planetadelibros.com

© Editorial Planeta, S. A., 2016 Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona www.editorial.planeta.es

Primera edición por Editorial Planeta: octubre 2016 Depósito legal: B. 17.634-2016 ISBN: 978-84-08-16162-2 Composición: Víctor Igual, S. L. Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona) Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico** 

## Capitulo 1

Seis de la tarde de un día de marzo.

Mira de nuevo su reloj y se sopla el flequillo. Vistazo a un lado, a otro. Nada. Ni rastro de la flor roja.

Dos días antes.

Él: «Llevaré una rosa roja para que sepas quién soy».

Ella: «¿Una rosa roja? ¡Qué clásico!».

Él: «Ya sabes que lo soy».

Ella: «Yo llevaré una mochila fucsia de las Supernenas».

Él: «¡Qué infantil eres!».

Ella: «Ya sabes que lo soy».

Seis y cuarto de la tarde de un día de marzo.

«Será capullo. Si al final resulta que estas van a tener razón...».

Paula echa otro vistazo a su reloj. Suspira. Se ajusta la falda que se ha comprado expresamente para la cita. También lleva ropa interior nueva, aunque sabe perfectamente que no llegarán tan lejos. Da pequeños golpecitos con el tacón en el suelo. Empieza a estar realmente enfadada.

Un día antes.

Ella: «¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?».

Él: «No. Pero tenemos que hacerlo».

Ella: «Como no aparezcas...».

Él: «Apareceré».

Seis y media de la tarde de un día de marzo.

Paula se resigna. Si al menos le hubiese dado el móvil... Se lleva una mano a la frente. Está acalorada, y eso que allí hace un frío que pela. No puede creerse que él no se haya presentado. Vuelve a mirar a todas partes en busca de una flor roja.

Nada.

—Eres un capullo —dice en alto, pero no lo suficiente como para que alguien la oiga.

La noche anterior.

Él: «Te quiero».

Ella: «TQ».

Seis y treinta y seis de la tarde de un día de marzo.

Paula se ha cansado de esperar. Tiene calor. Poco después tiene frío. Saca una goma de uno de los bolsillos de la mochila de las Supernenas y se recoge el pelo en una coleta. Se lo había alisado para la ocasión, pero ahora ya le da igual. El capullo no se ha presentado. «Capullo».

«¿Y ahora?». Es pronto para volver a casa y por nada del mundo quiere estar cerca de su PC. Necesita un buen café con el que aliviar las penas.

Justo enfrente ve un Starbucks. Camina hacia el paso

de cebra para cruzar la calle haciendo mil y una muecas de fastidio. Mientras espera que el muñequito del semáforo se ponga en verde, recuerda la conversación con sus amigas en el instituto.

Ese mismo día por la mañana.

Paula: «A las cinco y media».

Cris: «Tía, no me lo puedo creer. ¿De verdad que has quedado con ese tío?».

Diana: «¡Qué fuerte me parece!».

Paula: «Creo que es el momento de que por fin nos conozcamos».

Miriam: «Pero si ni siquiera os habéis visto en foto...».

Paula: «Ya lo sé, pero me gusta y yo le gusto a él. No necesitamos fotos».

Diana: «¿Y si es un enfermo o un depravado sexual de esos...?».

Miriam: «Eso es lo que a ti te gustaría encontrar, ¿eh, Diana? Un loco que ande todo el día pensando en el sexo».

Todas ríen menos Diana, que intenta dar un tortazo a Miriam, pero esta lo esquiva hábilmente.

Cris: «¿Y si no se presenta?».

Paula: «Se presentará».

Miriam: «Puede que no».

Diana: «Puede que no».

Paula: «¡¡¡¡Os digo que sí!!!!».

Profesor de Matemáticas: «Señorita García, ya sé que le entusiasman las derivadas, pero haga el favor de contenerse un poco en clase. Y, ahora, ¿puede usted salir a la pizarra a ilustrarnos con su sapiencia?».

La conversación termina y ahora todas ríen menos Paula, que, de mala gana, se levanta y se dirige al encerado. Seis y cuarenta de la tarde de un día de marzo.

Paula abre la puerta del Starbucks. No hay nadie haciendo cola. Un chico calvo y delgado, con barbita, la atiende con una bonita sonrisa. La chica pide un *caramel macchiato*, una especialidad con caramelo y vainilla. Paga la consumición y sube a la planta de arriba a tratar de poner un poco de orden en su desordenada cabeza.

La sala está prácticamente vacía. Una parejita tontea en un sillón cerca de uno de los grandes ventanales que dan a la calle. Paula los mira de reojo.

«Qué mala pata, han cogido el mejor sitio...».

Al lado hay otro sillón que la satisface, pero lo descarta al instante por encontrarse demasiado cerca de la pareja de novios: no es plan molestarlos. Así que finalmente se decanta por un lugar alejado y esquinado, cerca de otra ventana, pero con menos luz y peor vista.

Paula mira el tráfico de la ciudad. Está pensativa y triste: tiene que reconocer ante sí misma que confiaba en que él se presentaría. Tras dos meses hablando cada día, contándose cosas, riendo, casi enamorándose..., a la hora de la verdad, él había sido un cobarde. O quizá no era lo que decía ser y finalmente había dado por concluida la relación.

«No, no puede ser. Eso no puede ser».

Da un sorbo a su *caramel macchiato*. Inevitablemente se mancha los labios y la espuma le deja una especie de bigotillo bajo la nariz. Intenta llegar con la lengua, pero es inútil. El caramelo ha hecho de las suyas. «Mierda, no he cogido servilletas y paso de cruzar por delante de esos dos otra vez».

Mira en la mochila de las Supernenas, pero no encuentra pañuelos de papel. Suspira. Saca el libro que llevaba

dentro y lo coloca sobre la mesa para continuar su rastreo con menos obstáculos. Nada. Y vuelve a suspirar.

Durante la exploración mochilera, un chico ha entrado en la sala y se ha sentado justo en el sillón que está enfrente de Paula. En el tercer suspiro, al levantar la cabeza, ella lo ve. La está mirando. Es guapo. Le sonríe. Paula recuerda que aún está manchada y disimuladamente arroja el libro al suelo. Cuando se agacha para recogerlo, aprovecha y con la mano se limpia la boca, los labios, hasta se frota la nariz por si acaso. Salvada.

Pero, de repente, su rostro bajo la mesa se topa con el rostro del chico guapo, que se ha acercado y está agachado junto a Paula. Sin decir nada, el joven saca un pañuelo de papel de un paquete que llevaba en el bolsillo.

—Toma —le dice mientras le ofrece el clínex con una amplia sonrisa. «Una sonrisa maravillosa», piensa Paula—. Aunque igual ya no lo necesitas.

Paula se quiere morir al escuchar las palabras del joven guapo de la sonrisa maravillosa. Se muere de vergüenza. Sus mejillas enrojecen y, al incorporarse con el libro en la mano, se da un cabezazo contra la mesa.

- —¡Ay!
- —¿Te has hecho daño?
- —No. —Paula ve al chico de pie. Es bastante alto. Lleva una sudadera negra y unos pantalones vaqueros azules algo gastados. Tiene unos ojos grandes y castaños, y lleva el pelo un poco más largo de lo que a ella le hubiese gustado. Pero es realmente guapo—. Y tampoco necesito tu pañuelo.

El joven sonríe y se guarda el clínex en el bolsillo.

—Muy bien. Me vuelvo a mi sitio.

Paula agacha la mirada y espera a que el desconocido se siente de nuevo. Cuando intuye que el joven ha regresado a su sillón, levanta un poco la vista para comprobarlo. Así es. «Qué guapo es... ¡Basta!, ¿en qué estás pensando, Paula?».

Un leve dolor en la cabeza, justo donde se ha dado el golpe, la devuelve a la realidad, pero al tocarse no nota ningún chichón. «Menos mal. Era lo que me faltaba». «Hija, si es que tienes la cabeza muy dura», le suele decir su madre a menudo. Mira por dónde, y sin que sirva de precedente, tiene que darle la razón.

Paula sonríe por primera vez en toda la tarde. Da un nuevo sorbo a su bebida, esta vez con cuidado de no mancharse, y abre el libro por la página donde unas horas antes lo había dejado. Es *Perdona si te llamo amor*, de Federico Moccia. Trata de una joven estudiante de diecisiete años y un publicista de treinta y seis que se enamoran. Paula no es una gran aficionada a la lectura, pero Miriam le había hablado tanto de este libro que finalmente decidió leerlo. Y le entusiasma. Le apasionan la madurez de Niki, la protagonista, solo un año mayor que ella, y su capacidad para conquistar a un hombre mucho mayor como Alessandro. Sí. Ojalá ella algún día tuviera una historia de amor tan intensa como aquella, aunque le gustaría que el chico no fuese tan mayor, claro.

Entonces de nuevo le viene a la mente el plantón. Aquel capullo la ha dejado tirada.

«Ufff».

Casi sin querer, echa un vistazo al sillón donde se ha sentado el chico guapo de la sonrisa maravillosa. Esta vez él no la está mirando a ella.

—No me lo puedo creer —se le escapa a Paula en voz alta. En esos momentos, el chico se da cuenta de que los ojos de Paula están puestos sobre él. La observa, después dirige su mirada hacia la portada del libro, luego otra vez a ella y finalmente sonríe. Con esa sonrisa maravillosa de nuevo.

—¿Te está gustando? —le pregunta el joven, alzando un poco la voz.

«Pues claro que me gusta, estúpido. Cómo no me iba a gustar esa sonrisa, si es la más bonita que he visto nunca...», piensa ella antes de responder:

- —¿Perdona? —pregunta Paula con gesto perplejo, como si temiera que aquel chico fuera telépata y acabara de radiografiarle la mente.
- —He visto antes, cuando se te ha caído el libro..., bueno, en realidad, cuando he llegado y tú estabas buscando algo en tu mochila, he visto que estamos leyendo el mismo libro. Y te preguntaba que si te está gustando.
- —Ah, eso —comenta aliviada—. Sí, sí que me está gustando.
  - —Es una bonita historia. Espera...

Entonces el joven se levanta del sillón, coge su bebida y el libro, y se sienta al lado de Paula. La chica, sorprendida, vuelve a ponerse colorada. No es guapo: es guapísimo.

- —¿Te importa? Es para no estar gritando todo el tiempo...
  - -No, claro. Siéntate.

Pero, justo en ese instante, suena con fuerza *Don't stop the music*, de Rihanna, en el interior de la mochila de las Supernenas. Paula da un respingo y se apresura a buscar su teléfono móvil. Varios segundos después, por fin da con él. Es Miriam.

—Perdona, es una amiga —le explica en voz bajita al joven guapísimo, que le vuelve a sonreír una vez más y le hace un gesto como de «contesta, no te preocupes».

Ella se levanta y camina hacia el otro extremo de la sala. La joven pareja enamorada ya se ha ido.

- —¿Sí...?
- —Cariño, ¿qué tal va la cosa? —pregunta rápidamente Miriam al oír la voz de su amiga—. No molestamos, ¿verdad?

- —¿«Molestamos»? ¿«La cosa»?
- —Sí. Estamos aquí Diana, Cris y yo reunidas. Espera. Decid algo, chicas... —Un escandaloso «hola», seguido de un insulto amistoso, se oye al otro lado del móvil—. ¿Ves cómo te queremos y nos preocupamos por ti? ¿Qué tal va la cita?

«Uf, la cita». Ahora cae. Pero no tiene ganas de dar explicaciones a sus amigas en ese momento, y menos tener que darles la razón. Así que se ahorra decirles que aquel capullo no se ha presentado.

- —Bien, «la cosa» va bien. Pero no puedo hablar ahora mismo. Estoy muy liada y...
- —¡¡¡Uhhh!!! Muy liada... Mmmm. Muac, muac, muac. Bueno, no te molestamos más, niña. Queremos que nos cuentes todos los detalles mañana. Chicas, colgamos. Despedíos...

Y con un sonoro «adiós, te queremos», seguido de otro improperio cariñoso, se da por finalizada la conversación.

Paula cierra los ojos. Suspira. «Están locas». Y se dirige otra vez a su sillón. El joven guapísimo está de pie y lleva el libro bajo el brazo.

- —Me tengo que ir. Se me ha hecho tardísimo. En diez minutos empiezo las clases.
  - «Las clases. ¿Qué clases? ¿A estas horas?».
- —Encantado de conocerte. Espero que el final del libro te guste.

Y, sin decir nada más, el chico guapísimo de sonrisa maravillosa sale corriendo de la cafetería.

Paula entonces se vuelve a sentar mientras decide que ya es hora de regresar a casa, tomar un buen baño relajante y olvidarse por un tiempo de su PC. Coge el libro para guardarlo, pero percibe algo extraño en él: el separador no es el suyo y, además, está en la última página.

«Ese idiota se ha equivocado de libro y se ha llevado el mío».

Abre el libro por el final y arriba, escrito con bolígrafo azul, puede leer: «alexescritor@hotmail.com. Por si quieres comentar el final del libro».

La nota la hace sonreír y Paula termina soltando una pequeña carcajada. Guarda el volumen dentro de su mochila de las Supernenas y camina hacia las escaleras de la planta alta del Starbucks sin poder evitar que se le dibuje una sonrisa tonta de oreja a oreja.

«Y el tío va y me dice que espera que el final del libro me guste. Qué capullo...». Pero, hablando de capullos... En ese momento, otro joven alto, atractivo, sube a toda velocidad las escaleras de la cafetería. Va tan deprisa que no ve a Paula: al tropezar con ella, la chica se da un culazo contra el suelo y él casi se cae encima, pero consigue saltarla y termina de rodillas justo detrás. De sus manos resbala una rosa roja. Ambos se miran sorprendidos. Él sonríe al ver la mochila de las Supernenas en el suelo.